

c) *Formación para la creación de modelos comunicativos con participación activa*

En la medida en que el Nuevo Orden Informativo Internacional promueve principios distintos para la acción y presencia de los medios de comunicación, surge la necesidad de reconocer como tarea fundamental la *educación para la comunicación*. En un sentido amplio, se trata de que los sectores políticos, los profesionales de la comunicación, los líderes y organizaciones sociales se abran a la percepción de los nuevos conceptos y modelos que la potencialidad de los fenómenos comunicativos sugiere.

Si hemos señalado con insistencia que el acceso y la participación de los diversos sectores sociales en el proceso comunicativo es una necesidad básica, también creemos que ello requiere de sistemas de educación donde cada individuo y cada grupo social tome conciencia de la fuerza que el sistema de comunicación puede tener para su diálogo con los demás. ¿Por qué la educación básica o media no incorpora aún como parte normal de su currículum la comunicación, así como supone que la historia o la gramática son disciplinas absolutamente necesarias al individuo para su inserción en su tiempo? ¿Cuán alto deberá seguir siendo el costo social que significa dejar entregados amplios sectores populares a la manipulación de un sistema de comunicación transnacional, que actúa en medio de masas carentes de juicio crítico? ¿Es legítimo que las entidades sindicales, las organizaciones comunales y sociales básicas sigan considerando la problemática de la comunicación como cuestión marginal a su quehacer?

*En la medida en que se incrementa la visión de esos sectores de la sociedad sobre lo que significa realmente la comunicación, se contará con una fuerza que, desde la base de aquellos países que sufren las causas de la dependencia, estará exigiendo la presencia de un Nuevo Orden Informativo.* Es decir, otros contenidos, otras noticias, otro acceso, otra participación, diferente de aquella que ha postulado la ideología de la estructura transnacional de poder.

Éstas pueden ser cuestiones que preocupen a quienes se forman hoy en las escuelas de comunicación o periodismo. Es comprensible que sientan dudas o inquietudes sobre el papel profesional que podrán jugar en el mañana, en una estructura comunicativa tan abierta a la participación y la crítica del resto social. Un mañana en el cual el *acto de comunicarse* no esté exclusivamente envuelto en una suma de mitos profesionales, donde la realidad sólo puede ser enfocada bajo cierta técnica periodística que dominan los iniciados.

Pero no queda otro camino que abrirse al cambio. Aprender a decir de otra manera el "esto sucede". Ser creativos, originales, abiertos a los lenguajes y las formas de expresión que el pueblo inventó mucho antes que lo invadiera un sistema informativo mercantil. Se trata de un reencuentro o de un rescate hecho con imaginación, generosidad y audacia. Por eso creemos que trabajar para construir un Nuevo Orden Informativo Internacional significa, por encima de todo, una oportunidad para avanzar hacia una auténtica liberación.

EL NUEVO ORDEN INFORMATIVO INTERNACIONAL Y EL  
CONCEPTO DE LA PARTICIPACIÓN SOCIAL (COMENTARIO)

Mario Arrieta Abdalla\*

Al conocer el contenido de la ponencia que acabamos de escuchar al doctor Fernando Reyes Matta, no se me ocurrió nada mejor, y a guisa de comentario, que agregar todavía algunas preguntas más a las que el ponente se formula y nos formula a todos hacia el final de su intervención, y reagrupar los elementos de juicio que nos ha proporcionado.

Lo haré tratando de ser lo más breve y concreto posible, para permitir la participación y el debate con los destinatarios principales de estos cursos, que no son otros que ustedes, compañeros universitarios, interesados en la problemática de la comunicación y en las soluciones que buscamos todos, pero que corresponderá precisamente a ustedes encontrar y aplicar en un futuro no muy lejano.

Creo que todas las interrogantes a las que voy a referirme y las pautas que iré esbozando para su discusión, podrían sintetizarse mejor si se agrupan en tres campos de conceptualización o de definiciones conceptuales tentativas:

*Primero.* Propugnamos un Nuevo Orden Informativo Internacional, ¿en qué consiste?

*Segundo.* Hablamos de nuestra dependencia comunicativa, cultural e informativa, ¿cómo se la determina?

*Tercero.* Denunciamos la miseria informativa y la subinformación de nuestros pueblos, ¿en qué se manifiesta?

\* Investigador "B" de tiempo completo en el área de Información y Estudios de la Comunicación, del Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo.



Para situar conceptualmente nuestro primer comentario, vamos a separar dos estructuras significativas para analizarlas primero por separado y luego en conjunción. Me refiero a NUEVO ORDEN y luego a INFORMATIVO INTERNACIONAL.

La lectura del primer segmento nos indica que:

- a) Existe un *viejo orden* que se pretende sustituir, o
- b) Que no existe ninguno, por lo que hay que crearlo.

En el segundo sobresale su carácter de INTERNACIONAL, sea que nos estemos refiriendo a un nuevo orden INFORMATIVO o ECONÓMICO INTERNACIONAL (o a los dos, ya que su interdependencia es tal, que la existencia del primero presupone la del segundo).

Así pues, parece que este *Nuevo Orden Internacional* no podrá provenir de ninguno de nuestros países aisladamente, ya que en su estructuración no están involucrados sólo los países que se sienten desfavorecidos o perjudicados por el "viejo orden" o por la falta de uno cualquiera, sino que también incluye a los países que NO ESTÁN en esa situación.

La ponencia nos demuestra objetivamente cómo este Nuevo Orden Internacional, o más bien, la conciencia de la necesidad de crearlo, va ganando partidarios año con año y en sectores cada vez más amplios de opinión, hasta llegar a nivel de gobiernos de varios países, a conjuntos de éstos, sean regionales, políticos o —incluso— al conjunto de todos, a nivel de representaciones mundiales en la UNESCO u otras.

Si nos referimos al Nuevo Orden *Económico* Internacional (cualquiera que éste vaya a ser), nos encontramos con que su aceptación aumenta, mientras sus opositores manifiestos parecen disminuir, independientemente de en qué categoría estén situados; ya sea como naciones expoliadoras o como países expoliados.

En cuanto al Nuevo Orden *Informativo* Internacional, nos encontramos con que está ocurriendo lo mismo, independientemente de si son "naciones emisoras" o "naciones receptoras" las que lo apoyan.

¿Cuáles podrán ser entonces las características de un Nuevo Orden tan amplio —o tan elástico—, para que le permitan conciliar internacionalmente ambos extremos?

Y ¿qué podrá ocurrir cuando un grupo de países, o uno solo de ellos, decida no aceptarlo, o establecer su nuevo orden informativo particular, en rebelión contra el viejo orden o en la imposibilidad de seguir esperando a que surja alguno apropiado del "desorden" imperante? En otras palabras, ante una revolución concreta y verdadera en alguno de nuestros países, ¿cómo reaccionaría el Nuevo Orden Internacional que se quiere instituir? Lo apoyará, reconociendo su derecho a determinar sus propios modos de comunicación e información, o lo bloqueará, como ocurrió con Cuba y la revolución cubana?

Permítaseme una cita, tomada del prólogo que hace Eleazar Díaz Rangel en su libro *Pueblos subinformados*:

La presencia de todos los países de la Región es imposible. (Se está refiriendo a la posibilidad de la creación de una agencia Latinoamericana y Caribeña de Noticias, planteada en el contexto de la Conferencia de Costa Rica, en 1976.) En primer término, porque muchos de los gobiernos de esos países no sienten ninguna preocupación por este problema de la subinformación en el Continente y del desequilibrado flujo de noticias y no tienen interés en estimular cambio alguno de esa situación y, en segundo término, porque se requiere un mínimo de coincidencia en las políticas internacionales de los países integrantes de la agencia y en su concepción sobre la integración latinoamericana. Se nos ocurre inaceptable una agencia en cuya dirección puedan participar representantes de los gobiernos fascistas o dictatoriales de Chile, Uruguay, Argentina, Bolivia, Paraguay y Brasil.

Para concluir este primer punto, quiero presentar a ustedes, para su discusión posterior inmediata y a manera de hipótesis de trabajo, un párrafo de la ponencia que considero fundamental:

En la medida que se incrementa la visión de esos sectores (se refiere a las entidades sindicales, las organizaciones comunales y sociales básicas) de la sociedad sobre lo que significa realmente la comunicación, se contará con una fuerza que desde la base de aquellos países que sufren las causas de la dependencia estará exigiendo la presencia de un Nuevo Orden Informativo. Es decir, *otros contenidos* (me permito subrayarlo), otras noticias, otro acceso, otra participación, diferente a aquella que ha postulado la ideología de la estructura transnacional de poder.

Para precisar lo mejor posible nuestra segunda pregunta y su (o sus) posibles respuestas, es necesario establecer previamente quiénes están involucrados en el fenómeno de la dependencia. ¿Somos dependientes en cuanto a cultura, información y comunicación se refiere, nosotros los latinoamericanos? ¿Lo somos como componentes del "mundo del subdesarrollo", del "tercer mundo", o como quiera llamarse a nuestra objetiva situación de superexplotación por parte de los "países desarrollados", del "primer mundo"? ¿No existen en ellos, dentro de sus sociedades estas mismas formas de dependencia?

Si nos atenemos a todo lo que se ha producido en materia de investigación teórica, comprobación empírica o elaboración conceptual, deberemos reconocer no sólo que esta dependencia se presenta en las sociedades más desarrolladas y opulentas, sino que precisamente de ellas han partido las primeras denuncias respecto a la situación imperante dentro de sus estructuras sociales.

Más concretamente: ¿de dónde nos vienen la mayor parte de las técnicas para el análisis de contenidos; los preocupados estudios acerca de las "Formas ocultas de la Propaganda", la "Manipulación de símbolos"; los perniciosos efectos del proceso de la comunicación que monopoliza y distorsiona la estructura comercializada, y mercantilista de los *mass-media*? Naturalmente, de los propios países que



generaron, desarrollaron y aplicaron, antes que nadie, los modernos sistemas de comunicación.

Permítaseme una nueva cita tomada del trabajo de dos de los "clásicos" de las llamadas ciencias de la comunicación: Paul Lazarsfeld y Robert Merton. En "Comunicación de Masas, Gusto Popular y Acción Social Organizada", de hace casi tres lustros, podemos leer:

Los principales grupos de poder, entre los que el puesto más aparente lo ocupa la industria organizada, adoptan cada vez más ciertas técnicas de manipulación del gran público mediante la propaganda, en lugar de recurrir a medios de control más directos. Las organizaciones industriales no obligan ya a los niños de ocho años a que les sirvan en las máquinas durante catorce horas diarias; desarrollan elaborados programas de *public relations*. Publican en los periódicos nacionales anuncios vistosos e imponentes; "ofrecen" programas radiofónicos; organizan concursos con premios, fundan "entidades de beneficencia" y apoyan las buenas causas. Parece como si el poder económico haya reducido la explotación directa y se haya dirigido hacia un tipo más refinado de explotación psicológica que se realiza, en gran parte, por los medios de propaganda masiva.

Y más adelante afirman:

Los cambios sociales que se pueden atribuir a "movimientos de reforma" pueden ser lentos y sutiles, pero se acumulan [...] La semana de sesenta horas es sustituida por la de cuarenta; la mano de obra infantil ha sido progresivamente reducida; pese a sus defectos, la instrucción gratuita para todos se ha convertido poco a poco en una institución. Y ahora la gente tiene más tiempo libre y, *aparentemente*, un mayor acceso al patrimonio natural. ¿Cómo emplea este tiempo no hipotecado, conquistado al precio de tanto trabajo? Oye la radio, va al cine. Parece que en cierto sentido los medios de comunicación de masas han robado a los reformadores (podemos leer también Revolucionarios) el fruto de sus victorias. La lucha por la libertad, el tiempo libre, la instrucción popular y la previsión social había sido empeñada con la esperanza de que, una vez liberada de la construcción de los vínculos, la gente utilizaría los productos culturales más importantes de nuestra sociedad: Shakespeare o Beethoven, o quizá Kant. En cambio, ha dirigido su atención hacia Kaith Baldwin, o Johnny Mercer o Edgar Guest [...] Nuestras luchas sociales se han resuelto de la misma manera. Durante generaciones ha habido hombres que han combatido para que la gente tuviera más tiempo libre; tiempo libre que pasa ahora con el "Columbia Broadcasting System" en vez de en la "Columbia University".

Así, al intentar establecer quiénes somos los dependientes, nos encontramos con que los latinoamericanos no estamos solos, ni comparten nuestra situación únicamente los pueblos atrasados de África y Asia.

Si *dependencia informativa* significa estar excluido de la posibilidad de informarse libremente, de tener amplio acceso a eso que se llama *información* y que no puede ser tomada únicamente como sinónimo de "noticia" —como no sea por una arbitraria apropiación de campo— sino como lo que etimológicamente se nos revela como componente indispensable de la *formación*, no somos nosotros solamente los dependientes: lo son también no sólo las minorías étnicas o nacionales que habitan en los países desarrollados sino, principalmente, las grandes mayorías de sus poblaciones, sometidas a la predeterminación arbitraria y manipuladora de lo que debe informarse.

Si la *dependencia cultural* consiste fundamentalmente en verse obligado a la aceptación de patrones de valoración estética, moral, religiosa y filosófica prefabricados e impuestos, sin la posibilidad de cuestionarlos o de participar libre y conscientemente en su elaboración, en esta situación se encuentra sumida la inmensa mayoría de los habitantes de los países centrales —que se tienen a sí mismos por la avanzada de la "civilización y la cultura universales"—, tanto como nuestros campesinos quechuas, mayas o aymaras, que al *menos* viven y se rodean de los símbolos palpitantes y vigentes de su auténtica identidad cultural; que son todavía, y pese a siglos de opresión y presión, capaces de componer y ejecutar por sí mismos su música; mantener sus costumbres y organización social; modelar y decorar sus viviendas y los objetos necesarios para su trabajo y sus necesidades diarias; hilar, diseñar y colorear a su arbitrio —o de acuerdo al arbitrio de la usanza secular de su cultura particular— sus vestimentas. (Y no pretendo hacer con esto ningún ingenuo elogio a la "cultura de la pobreza".)

Si la *dependencia comunicacional* se manifiesta o se define por el forzado y excluyente papel de "recetor", sin posibilidades de respuesta por los mismos canales y con la misma potencia con la que le son entregados los mensajes de entrada; es decir, cuando se está excluido de la posibilidad de ocupar el lugar del emisor, se encuentran en esta condición decenas de millones de personas que forman el "público cautivo" de los países que más orgullosamente pretenden deslumbrarnos con su "opulencia informativa o comunicacional".

Por lo tanto, creemos que existen sobrados fundamentos para adelantar otra hipótesis polémica, que podría formularse así: la dependencia cultural, informativa y comunicacional no es un triste privilegio de los países del "tercer mundo"; se manifiesta también, con igual o mayor gravedad, en el conjunto de todos los países pertenecientes al sistema capitalista mundial.

Abordemos ahora el campo en el que se inserta nuestra última pregunta, y que conlleva otras varias implícitas, delimitando —o tratando de hacerlo— cuidadosamente el significado de sus componentes.

Ante todo, señalemos que la referencia a nuestra miseria informativa y/o a nuestra subinformación aparecen relacionadas siempre a la estructura de nuestros medios de comunicación. Aceptemos entonces esta relación como una premisa, al menos provisional, y confrontémosla con todo lo que hemos venido oyendo en este recinto.



Tanto en los informes sobre la prensa, la radio, la televisión, el cine o las historietas en México, como en los correspondientes a casi todos los países latinoamericanos, hemos escuchado invariablemente las denuncias acerca del exceso cuantitativo de los mensajes que emiten y de la pobreza cualitativa que contienen. Se nos ha ilustrado abundantemente acerca de esta especie de "polución informativa" que nos invade arrasando con todo nuestro patrimonio cultural, atiborrándonos de "informaciones" banales, episódicas, descontextualizadas o simplemente mentirosas; se han cuantificado los enormes volúmenes de capital comprometidos en estos menesteres; en las descomunales ganancias que de la propiedad y el uso de los medios de comunicación extraen unas pocas manos, que fungen de recolectoras para las empresas monopólicas transnacionales que, en casi todos los casos, las tele-dirigen y se llevan la parte del león.

Algunas de nuestras capitales sobrepasan, tanto por la cantidad como por la modernidad de sus equipos y sistemas para la comunicación y la información eléctrica y electrónica, a muchas de las capitales de países altamente desarrollados y suficientemente industrializados.

¿Cómo se manifiesta entonces nuestra miseria informativa?, ¿Por el espacio que ocupamos en el volumen del flujo informativo mundial? Permítanme recordarles que cuando en nuestros países se presentan situaciones que amenazan seriamente a los intereses imperialistas o al poder que los respalda en nuestras tierras, no se escatiman espacios ni recursos para levantarlos al primer plano de la noticia mundial. Naturalmente, esta promoción sólo se cumple en esos casos, rodeada de la más cerrada malla de manipulaciones, inventos, exageraciones y silenciamientos que pueda imaginarse, como lo prueban los acontecimientos en Guatemala, Cuba, Santo Domingo, Chile, o Panamá, para citar los más destacados.

En todos estos casos llovieron los "enviados especiales", corrieron ríos de tinta, se difundieron fantásticas fotografías, se emplearon miles de horas de transmisión y kilómetros de cinta magnética o cinematográfica. Otro tanto ocurre en África o Asia, donde la mención al caso vietnamita es ya una referencia obligada.

¿Por qué, entonces, en el decantado "universo de la noticia" que no es más, o debiera ser en todo caso, que el ámbito real en el que los acontecimientos igualmente reales se suceden, no aparecen los problemas que nos agobian? ¿Por qué no merecen ni una línea los esfuerzos que realizan nuestras masas campesinas para sobrevivir, nuestros trabajadores para sacudirse el yugo de la sobreexplotación? ¿Dónde se esfuman todas estas disponibilidades a la hora de dar cuenta de los logros recientes de Mozambique o Angola, muchos de los cuales están marcando pautas para el desarrollo futuro de nuestras posibilidades de vencer los problemas del analfabetismo, la muerte prematura, el hambre que amenaza a nuestras poblaciones?

Creo que todo esto basta para descubrir una contradicción flagrante entre nuestra subinformación y nuestro exceso de desinformación. Creo que si algo son nuestros países latinoamericanos, son, en todo caso, países de mayorías subinformadas, que padecen la miseria informativa como padecen la miseria total, y de minorías

sobredesinformadas, que disfrutan de una opulencia comunicacional con el mismo desparpajo que disfrutan de la opulencia en general.

¿Dónde reside la confusión? En una increíblemente difundida extrapolación del concepto *medios de comunicación de masas*. Esta denominación se originó como casi todo lo que compete a las llamadas "ciencias de la comunicación" y que nosotros incorporamos ávidamente, como tantas otras cosas, a nuestro léxico y a nuestros sistemas de estudio y enseñanza, sin mayor criterio analítico ni discriminación alguna en los Estados Unidos de Norteamérica.

Pero en los Estados Unidos de Norteamérica, allá por 1962, cuando el cliché semántico de los *mass-media* ya se había difundido universalmente, existían *uno o más* receptores de radio en el 90% de los hogares, independientemente de su ubicación en el campo o en la ciudad; a cada una de estas familias le correspondía 1.10 periódicos diarios y 0.9 de periódicos dominicales; solamente el tiraje de sus diarios alcanzaba la cantidad de 59 849 000 ejemplares con unas 45 páginas por promedio.

Así, cuando *allá* se hablaba de *medios de comunicación de masas*, se superponían dos lecturas posibles, ambas reales y concretas: de masas, por la capacidad y posibilidades técnicas intrínsecas de su difusión masiva y de masas, porque para ese entonces los medios, individualmente o en conjunto, llegaban ya al 96% de toda la población.

Naturalmente, nosotros adoptamos el término sin mayores preocupaciones ni cuestionamientos, y lo empleamos para referirnos a nuestros medios de comunicación elitista.

Hemos llegado a creer verdaderamente en nuestros medios de comunicación de masas —que en todo caso lo son por la potencialidad que encierran de serlo, pero no en términos cuantitativos absolutos— y los estudiamos, los analizamos y les aplicamos todo el peso de las "ciencias de la comunicación", tal y como las importamos de los centros hegemónicos de poder.

Por otra parte, esto no tiene nada de particular, ya que lo mismo podríamos decir de nuestros códigos de comercio, nuestros sistemas de enseñanza y nuestras propias constituciones políticas. Lo señalo simplemente como apoyo a esta tercera y última hipótesis que propongo a continuación, para la discusión con ustedes: En nuestros países latinoamericanos —y deseo excluir expresamente a Cuba— no existe un fenómeno de subinformación sino, por el contrario, un exceso de desinformación, cuantitativa y cualitativa, en lo que se refiere a *las minorías* que conforman la cantidad de receptores a los que nuestros medios llegan. Para el resto de nuestras mayorías nacionales, simplemente la información moderna no existe y la circunstancial aparición de alguno de estos medios, especialmente en el campo y poblaciones o aldeas pequeñas, apenas si representan algo más que una novedad fantástico-mágica, sin la menor posibilidad de aplicación concreta.

Expresado todo lo que antecede, que considero pertinente al tema central de la ponencia, quisiera reforzar, si fuera posible, las advertencias que contiene acerca del peligro y la necesidad de impedir que bajo el concepto de Nuevo Orden In-



formativo Internacional, como ya ha pasado con el "Libre Flujo de la Información" y el "Derecho a la libre Circulación de Noticias", se esté armando un nuevo caballo de Troya que aumente —al ampliar y perfeccionar los sistemas informativos y comunicacionales, al mismo tiempo que se extiende su alcance y efectos en esas mayorías, hasta ahora marginadas por nuestros medios de comunicación— o que venga a reforzar, desde adentro, las cadenas de la dependencia global que nos afecta. Por eso yo también creo, como el ponente, que "Trabajar por construir un Nuevo Orden Informativo Internacional significa, por encima de todo, una oportunidad para avanzar hacia una auténtica liberación". Pero me permito recalcar que, con mayor justeza aún, podemos afirmar que trabajar por una auténtica liberación nacional es avanzar hacia la constitución de un Nuevo Orden Informativo Internacional. Muchas gracias.

## LAS CONDICIONANTES IDEOLÓGICAS Y LA FORMACIÓN PROFESIONAL DE COMUNICADORES EN AMÉRICA LATINA

*Marco Ordóñez Andrade\**

### *I. Ubicación del tema*

El propósito fundamental de esta exposición es hacer una evaluación crítica de la formación de profesionales de la comunicación en la región. Fundamentaré este breve diagnóstico en las investigaciones que hizo el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL), conjuntamente con la UNESCO, en 1966 y en 1974, y en la información recopilada por el centro a lo largo de diecinueve años de trabajo en esta área.

Las características de la formación profesional estuvieron definidas por los imperativos de un sistema de dominación ideológica que, a pesar de las protestas y declaraciones revolucionarias de los centros universitarios, determinó los comportamientos de las escuelas y facultades de comunicación y periodismo.

Los centros de formación profesional dedicaron sus esfuerzos, básicamente, a preparar periodistas y comunicadores que pudieran satisfacer las demandas del sistema de producción de contenidos culturales que, naturalmente, corrió de modo paralelo con las demandas del sistema productivo de la sociedad en general.

Esta situación no debe extrañarnos, ya que en una sociedad capitalista o pseudo-capitalista los sistemas de comunicación social son parte consustancial o están adscritos al orden industrial; o al orden político, si el régimen es socialista. El hecho de que la comunicación sirva al sistema de dominación es tan viejo como la historia del hombre, y causa admiración solamente entre quienes dan crédito aún a

\* Director general.